EROTISMO Y ANTICLERICALISMO EN LA PRIMERA EDICION DE *MARTA Y MARIA,* DE ARMANDO PALACIO VALDES

Como en el caso de *El señorito Octavio* de 1881,[1] la primera edición de *Marta y María* (1883) contiene ciertas variantes textuales que se suprimen en la edición que forma parte de las llamadas *Obras completas.* La edición de 1883 está precedida de un *Prólogo,* en el cual Palacio Valdés insiste en el realismo («actualmente llamado naturalismo») de la novela. Señala que la inspiración de la obra fue doble, consistiendo en una lámina («La toma de velo en un convento de carmelitas») publicada en la *Ilustración Española y Americana* y en un hecho real ocurrido unos años antes. Palacio Valdés admite que ha cambiado de propósito desde la publicación de *El señorito Octavio,* escribiendo ahora sobre un tema trascendental. Aunque reconoce que el asunto de *Marta y María es* «un tanto escabroso», Palacio Valdés procura tratarlo «con la serenidad del filósofo». (Para el texto del *Prólogo,* véase Apéndice I.) En la edición de 1895 (Madrid: Librería de Victoriano Suárez; tomo segundo de las llamadas *Obras com-*

---

[1] Véase Brian J. Dendle, «Las variantes textuales de *El señorito Octavio,* de Armando Palacio Valdés», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 41 (1987), 463-74.

pletas), el *Prólogo* se suprime. Más tarde, en la edición de 1906 (Madrid: Librería de Victoriano Suárez), precede a la novela una breve *Aclaración,* en la cual el autor, evitando todo comentario naturalista o estético, se limita a negar haber querido herir «al misticismo verdadero» en su ataque contra «el falso misticismo». Esta *Aclaración* de 1906 termina con una piadosa declaración de la fe católica del autor: «No doy a ninguna de las palabras contenidas en mi libro otra significación que la que pueda acordarse con la fe cristiana y con las enseñanzas de la Iglesia Católica, a las cuales me glorío de vivir sometido» (pp. vi-vii).

Muchas de las variantes textuales que se encuentran en las ediciones posteriores a la primera son de poca importancia, consistiendo en el cambio u omisión de alguno que otro adjetivo o sustantivo. Se suprime —como en la edición revisada de *El señorito Octavio*— toda referencia al «yo» del narrador (por ej., la alusión a los pocos «estudios filarmónicos» del autor, p. 246). Se abrevian también ciertas descripciones; así, se omiten veintiuna líneas pintando el alba (p. 54), quince líneas que describen a María amasando la pasta (pp. 96-97) y ocho líneas evocando los horrores de la vida de los internos en los colegios (p. 138).

El «naturalismo» de *Marta y María* se evidencia en cierta insistencia en la sexualidad pervertida de María. María experimenta una mezcla voluptuosa de placer y de dolor con la mortificación física (masoquismo); desea humillarse ante y besar a otras mujeres (atracciones sáficas apenas disfrazadas por el novelista). Esa tendencia naturalista y erótica está acentuada en la primera edición. La escena de la flagelación (al final del capítulo V) se ilustra en la edición de 1883 con un bello y sugestivo grabado (por J. Luis Pellicer) del cuerpo desnudo de María (p. 127). En la página en frente de este grabado erótico, en un pasaje suprimido en la edición revisada de 1895 (desgraciadamente, los grabados desaparecen también de estas ediciones posteriores), Palacio Valdés detalla con amo-

rosa y morosa sensibilidad de artista las bellezas corporales de la futura religiosa:

> Los pechos... diremos con el egregio Valbuena:
>
> Los tiernos pechos dos pequeñas pomas,
> de rosas hechas y apretada leche.
>
> Todos los contornos de aquel cuerpo eran suaves y delicados, cierta elegancia ideal de virgen cristiana, donde el desarrollo de la forma parece refrenado por el vuelo sublime del espíritu. Sus carnes no eran blancas y sonrosadas, palpitantes de vida, libres y desvergonzadas como las de las Venus flamencas, sino de una blancura nacarada y lustrosa, como las de las imágenes de las iglesias, que devuelve la claridad en vez de recogerla. Había en ellas cierta diafanidad lechosa del alabastro, junto con el brillo del marfil. Las gradaciones de color y las medias tintas rosadas de la epidermis, eran tan exquisitas, que podían desafiar al más hábil pintor que tratase de reproducirlas. (Pp. 126-128; p. 127 está ocupada por el grabado.)

Otro cambio significativo es una ligera disminución en la fuerza del ataque contra la Iglesia en la edición de 1895 (aunque la novela permanece, de todas maneras, fuertemente anticlerical). En la primera edición, en el capítulo III («La novena del Sagrado Corazón de Jesús»), hay pasajes, suprimidos en las ediciones posteriores, que tienden, de modo más o menos irónico, a poner en ridículo prácticas y creencias religiosas. Así, el narrador, después de notar que en la iglesia predominaban mujeres del pueblo, dedica unas treinta líneas a describir, de manera fría y distanciada, la aparente devoción con que María recibe la hostia («la partícula consagrada») (p. 70).

En la página siguiente, la ironía de la primera edición es mucho más evidente. Se dedican quince líneas adicionales a la oración de la novena del Sagrado Corazón, acentuando de este modo la manera singular que tienen los feligreses de entonar los responsorios (p. 71). Un párrafo después, hay

una descripción, suprimida en ediciones posteriores, de las oraciones al Sagrado Corazón: [2]

> Terminada la oración el sacerdote rezó tres Padre-nuestros y tres Aves-Marías en reverencia de las tres insignias de la Pasión con que se mostró el divino Corazón de Jesús a la Beata Madre Margarita de Alacoque. Los fieles se arrodillaron para contestar. Inmediatamente comenzó una nueva oración a los sagrados Corazones de Jesús y de María semejante a la primera. Después el sacerdote propuso que cada cual pidiese a Dios por medio de estos sagrados corazones lo que mejor le conviniera... (pp. 71-72).

La antipatía con que Palacio Valdés trata el culto del Sagrado Corazón en la primera edición se confirma tres páginas después, al resumir un sacerdote en términos exagerados las ventajas de esta devoción:

> De todas las devociones que la piedad inventa, la más grata a los ojos del señor era aquélla, porque resumía y compendiaba todas las demás, pues «así como el corazón en el cuerpo humano representa el resumen y el centro de la vida física, de la misma suerte el Sagrado Corazón de nuestro Redentor es el centro de las almas piadosas y el foco de luz en torno del cual nuestras aspiraciones a la gloria inmortal revolotean». Terminó el exordio invocando con frases vehementes el amparo de este Sagrado Corazón para continuar con fruto su discurso. Se rezó por todos un Ave María (pp. 74-75).

Sin duda por tocar demasiado de cerca cuestiones de fe, más que prácticas religiosas exageradas o erróneas, se supri-

---

[2] Su hostilidad hacia la devoción del Sagrado Corazón debió inspirarse en el hecho de que era culto relativamente nuevo (su celebración fue autorizada en toda la Iglesia solamente en 1856; Marie Alacoque fue beatificada en 1864) y de origen extranjero. Cf. la protesta del sacerdote don Juan en *Angel Guerra* (1890) contra la reciente introducción en España de devociones francesas: «Esta invasión de hermandades de extranjis es una humillación para nuestro país. Ya me va cargando a mí tanto Sagrado Corazón, tanto María Alacoque, Bernadette, y qué sé yo qué». (*Obras completas de Pérez Galdós*, Madrid: Aguilar, 1942, V, 1512).

men en ediciones posteriores a la primera ciertas alusiones bíblicas. Así, en la primera edición, se encuentra una cita bíblica en el texto del sermón predicado durante la novena del Sagrado Corazón: «Primero se fatigará el hombre de pecar que Dios de perdonar, porque a su diestra tenemos un abogado que no se cansa jamás de interceder por nosotros. No pequéis, no ofendáis con palabras ni con obras a la Divina Majestad, mas si pecáseis tampoco desconfiéis, tened ánimo y volveos a Dios. *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum,* dice San Juan» (p. 76).

Otra cita bíblica suprimida en ediciones posteriores se encuentra en el capítulo VII («El Alma y el Esposo»). El narrador la emplea con sumo sarcasmo como aparente justificación de la frialdad de María hacia su familia: «La señorita de Elorza se esforzaba en obedecer las solemnes palabras de Jesucristo: *El que viene a mí y no aborrece a su padre, su madre, su mujer y sus hijos, sus hermanos y hermanas, y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo* (Luc. XIV, 26)» (p. 160).

Otro sugestivo pasaje de tendencia religiosa, suprimido en la edición de 1895, consiste en tres páginas dedicadas a la confesión general de Ricardo. Desde el principio, el narrador sugiere una conexión entre el misticismo, la devoción religiosa y la sensualidad frustrada:

> Tal vez se metiese a investigar minuciosamente qué parte correspondía en aquel goce a la pura devoción y qué otra parte a la expansión de los sentimientos amorosos y movimiento de los sentidos. Quizá [...] llegase a declarar que existe en el fondo de las prácticas religiosas y del ceremonial de la Iglesia algo que en vez de apagar la voz de los sentidos la acrecienta, y que la inclinación de los sexos, en el seno de la vida devota, [...] adquiere el sabor halagüeño del fruto prohibido y es más grata y voluptuosa que en medio del esplendor y la elegancia de los salones (pp. 258-59).

La confesión, con la sumisión total de Ricardo a las amonestaciones de un sacerdote que sabe tocar hábilmente las

cuerdas de la pasión del joven oficial para María, sugiere una manipulación clerical tanto como un acto piadoso. (Para el texto de las tres páginas suprimidas, véase el Apéndice II.)

Al final del capítulo XV («Gocémonos, Amado»), Palacio Valdés subraya, en un párrafo suprimido en la edición de 1895, la atroz soledad en que se encuentra don Mariano (el padre de María) cuando su hija toma el velo:

> Un hombre, un anciano, cruzaba la plaza de Nieva a toda prisa; se internaba por las calles tortuosas, llegaba al convento de San Bernardo, entraba en el patio, subía la escalera, empujaba la puerta del locutorio, se abría paso entre la gente y se agarraba con fuerza a la reja. Iba a decir algo grave, algo tremendo; se le conocía en la expresión iracunda de la mirada, en la palidez de las mejillas, en el desorden de los blancos cabellos. Pero sólo murmuró doblando la cabeza:
>
> —¡Hija mía! ¡hija mía!
>
> Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos (pp. 350-51).

Esta nota patética se acentúa en la primera edición cuando Ricardo le declara su amor a Marta. El romántico narrador especula que este amor humano —el cual ofrece manifiesto contraste con el «amor divino» que la desgraciada y egoísta María busca en el convento— tiene su origen en el cielo:

> ¡Dios mío, cuán dulce sonó este himno en los oídos de Marta! No intentaré repetirlo, no: la pluma no puede reproducir ese lenguaje misterioso que viene directamente del corazón rozando apenas los labios, acentos escapados del cielo que corren a refugiarse en el pecho de las vírgenes, porque la tierra no los entiende, notas quizás perdidas del canto con que los ángeles celebran su dicha inmortal (p. 368).

La primera edición de *Marta y María* termina con una nota de sarcasmo. El narrador contrasta, en nombre de Dios, el dulce llanto de Marta, Ricardo y don Mariano (los felices representantes del amor humano) con la esterilidad de la vida monjil:

> ¡Oh Dios eterno que habitas en el corazón de los buenos! ¿serán quizá menos gratas para Ti estas lágrimas que los coloquios místicos del convento de San Bernardo? (p. 370).

Muchas de las variantes textuales de la segunda edición de *Marta y María* —supresión o abreviación de ciertas descripciones, eliminación sistemática del yo del narrador— son de poca importancia. Otros cambios son más significativos, representando una ligera modificación de énfasis de parte del autor. *Marta y María* sigue siendo en la segunda edición novela naturalista y anticlerical; queda sin modificar su tesis de que el amor humano no se opone a la voluntad de Dios y de que ciertas prácticas religiosas pueden ser estériles, aun perjudiciales, si no se reflejan en un corazón generoso. Sin embargo, el texto de 1895 contiene menos elementos susceptibles de provocar una reacción de escándalo en un público demasiado pudoroso. Así, hay menos sensualidad naturalista (eliminación de la descripción de los pechos y del cuerpo de María) y se abrevia la sátira de la devoción del Sagrado Corazón. El cambio más significativo se encuentra en la supresión de ciertos pasajes que podrían interpretarse como ataques no solamente contra los abusos religiosos sino contra el cristianismo mismo. Así, se suprime la cita de textos bíblicos para justificar actitudes obviamente erróneas; se omite también la larga discusión de la conexión entre la religiosidad y la sensualidad.

José María Roca Franquesa, siguiendo sin duda una indicación previa de Andrés González Blanco,[3] pretende que se puede dividir la obra de Palacio Valdés en dos épocas: las novelas escritas hasta 1896 (la fecha de publicación de *Los majos de Cádiz*) y las obras escritas a partir de 1899 *(La alegría del Capitán Ribot);* entre 1896 y 1899 se inició en Palacio Valdés «una nueva era ideológica», «una reacción espiritualista en el alma del autor, que tiende a cierto cristianismo renovado y purificado, como el de Tolstoi, con algo de iluminismo apostólico y mucho de la ternura que inspira el *Sermón de la*

---

[3] José María Roca Franquesa, *Palacio Valdés: Técnica novelística y credo estético* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1951), pp. 37-66. Véase también Andrés González Blanco, *Historia de la novela en España* (Madrid: Sáenz de Jubera, 1909), pp. 534-535.

Montaña» (González Blanco, p. 534). No quiero entrar aquí en la discusión de si hubo o no dos épocas distintas en la vida literaria de Palacio Valdés, discusión que reservo para un libro de próxima publicación sobre el autor asturiano. Sin embargo, la evidencia ofrecida por las modificaciones textuales en la edición de 1895 de *Marta y María* —disminución de la fuerza del ataque contra ciertas prácticas religiosas— sugiere que esta evolución ideológica (si tal hubo) de Palacio Valdés se estaba verificando antes de la publicación de *Los majos de Cádiz* en 1896.

BRIAN JOHN DENDLE
University of Kentucky

APENDICE I

En el *Prólogo* de la edición de 1883, Palacio Valdés subraya el propósito realista o «naturalista» de la obra (pp. i-iii):

> No está fundado el libro, que hoy tengo el honor de ofrecer al público, sobre hechos usuales y corrientes, ni se narran en él sucesos que estemos avezados a presenciar todos los días. Tal vez por ello se le acuse de falso o inverosímil y se le juzgue como un producto de la fantasía lejano de toda realidad. Me someto y resigno de antemano a estas censuras, reservándome el derecho de protestar interiormente, ya que no de público, contra la injusticia de tal acusación. Porque —lo he de decir, aunque perezca mi gloria de inventor— todos los hechos fundamentales de esta novela se han efectuado. El autor no hizo más que relacionarlos y darles unidad.
>
> Tengo la presunción de creer, por lo tanto, que aunque *Marta y María* no sea una novela bella, es una novela realista. Sé que el realismo —actualmente llamado naturalismo— tiene muchos adeptos inconscientes, quienes suponen que sólo existe la verdad en los hechos vulgares de la existencia y que sólo éstos son los que deben ser traducidos al arte. Por fortuna no es así. Fuera de los mercados, los desvanes y las alcantarillas existe también la verdad. El mismo apóstol del naturalismo, Emilio Zola, lo reconoce pintando escenas de acabada y sublime poesía, que riñen ciertamente con sus exageradas teorías estéticas.

El carácter de la protagonista de mi novela es un carácter excepcional; me complazco en reconocerlo. Mas no por ser excepcional deja de ser verdadero y humano. En Madrid no suelen menudear los temperamentos místicos: la vida frívola y sensual de la corte es poco a propósito para que se desenvuelvan. Pero todos los que hayan vivido en una provincia habrán conocido como yo algunas almas ardientes y piadosas, que sin motivo alguno de orden temporal, han renunciado al mundo y se han consagrado a Dios. Tomad los periódicos, y apenas pasará un día sin que veáis anunciada la profesión religiosa de alguna joven. Entre estas jóvenes las hay hermosas, hijas de familias opulentas, halagadas por todos los dones de la naturaleza y por las lisonjas de la sociedad. ¿Por ventura el estudio atento de tales almas no es digno del literato, aunque se llame naturalista?

El motivo o causa ocasional de que este libro se haya escrito es el siguiente: Hallábame cierta tarde en la librería de don Fernando Fe hojeando las obras y los periódicos recientes, cuando cayó en mis manos un número de la *Ilustración Española y Americana* en el cual venía inserta una preciosa lámina representando «La toma de velo en un convento de carmelitas». Veíase una linda joven hincada de rodillas ante la puerta interior del monasterio, donde tres monjas rebujadas en sendos y espesos mantos negros salían a recibirla con una tosca cruz de madera. Detrás, el anciano obispo llamaba sobre ella la bendición del cielo, y una señora, en quien inmediatamente se reconocía a la madre, contemplábala con ojos extáticos y consternados. Más atrás había un grupo numeroso de personas, en el cual descollaban otras dos jóvenes elegantemente vestidas, cuyo parecido con la novicia las declaraba bien pronto por hermanas. La primera contemplaba tristemente la ceremonia mientras la otra ocultaba su rostro entre las manos cual si tratase de sofocar los sollozos.

Sentíme impresionado ante aquella escena, admirablemente interpretada por el artista, y como natural consecuencia asaltáronme algunos recuerdos y no pocas reflexiones enlazadas con el mismo asunto, y pensé que merecía la pena de estudiarlo. No se trataba de algo antiguo, remoto, que pudiera servir únicamente de tema a las investigaciones del historiador, sino de un hecho curiosísimo e interesante que acaece ante nuestros ojos. El entusiasmo, los transportes fogosos, la embriaguez y hasta la locura de aquellas almas, cándidas y ardientes a la vez, que no encuentran manera de apagar la sed que les devora y calmar la inquietud que les martiriza en

el comercio del mundo y buscan en el misterio del claustro medicina para su mal, me parecieron digno tema para que el novelista contemporáneo lo someta y lo ofrezca con el respeto debido a la consideración del público. Cierta historia no hace muchos años acaecida y que yo tuve ocasión de conocer, me vino a la memoria y al punto me acometió el deseo de escribir una novela. Pero tropezaba para ello con un inconveniente. No entraba en mis propósitos el escribir novelas con temas trascendentales y sobre todo basadas en asuntos religiosos. Así lo había declarado terminantemente en un rengloncito de letra del *siete* que puse debajo del título de mi primer novela *El señorito Octavio* (novela sin pensamiento trascendental). Y, a la verdad, temía ponerme tan pronto en pugna con mi programa estético en un país donde todo se perdona menos la contradicción. Mas entre los goces honestos que el Supremo Hacedor otorgó al heroico pueblo español, ninguno más punzante y sabroso que el de quebrantar las leyes y programas que libremente se ha impuesto. En este particular lleva el sibaritismo hasta el punto de darse todas las mañanas alguna regla por el placer que le proporciona el infringirla a la tarde. Por eso tan pronto como vi la contradicción quedó el problema resuelto. Escribo la novela, dije para mis adentros, así tenga que padecer quince veladas literarias del Ateneo sin moverme del sitio.

Ya la novela está escrita. El asunto es un tanto escabroso y expuesto a caer en preferencias y apasionamientos, que debe huir con cuidado el novelista que aspire a pintar la realidad. He procurado con todas mis fuerzas colocarme en un punto de vista relativamente indiferente (dado que absoluto no puede ser) y estudiar el tema con la serenidad del fisiólogo. Sean las que fueren mis simpatías, he tratado de subordinarlas siempre a la verdad y al profundo respeto que me merecen todos los nobles sentimientos y todas las creencias honradas. Ustedes dirán si lo he conseguido.

A. P. V.

APENDICE II

En el siguiente pasaje de la edición de 1883, suprimido posteriormente, Palacio Valdés explora la sicología de Ricardo, sugiriendo la posibilidad de que las prácticas religiosas estimulen el amor sensual; también describe, con cierto sar-

casmo, la confesión general de Ricardo con un sacerdote que conoce mejor que Ricardo los secretos del corazón de María (pp. 258-61):

> ...Tal vez algún novelista psicólogo de los que hoy privan y tanto se placen en escudriñar los pliegues de la conciencia agena, quisiera hallar el origen de estos placeres en la unión íntima que nuestro joven establecía en lo hondo de su espíritu entre la religión y su amor a María, y viese en el goce que Ricardo experimentaba, contrariando sus ideas y mortificando su amor propio, cierta analogía con el que sienten los místicos y ascetas en medio de sus atroces penitencias; el goce que resulta de sacrificarse por el objeto amado. Tal vez se metiese a investigar minuciosamente qué parte correspondía en aquel goce a la pura devoción y qué otra parte a la expansión de los sentimientos amorosos y movimiento de los sentidos. Quizá, arrastrado de su afición al análisis y movido por el huracán de impiedad que hoy suele llevar consigo a esta clase de novelistas, llegase a declarar que existe en el fondo de las prácticas religiosas y del ceremonial de la Iglesia algo que en vez de apagar la voz de los sentidos la acrecienta, y que la inclinación de los sexos, en el seno de la vida devota, dentro de los templos, gustando de su dormida luz que se refleja suavemente en el dorado de los altares, aspirando los acres olores del polvo y de la cera y el aroma narcótico del incienso, escuchando los gemidos del órgano y el vago rumor de la oración de los fieles, adquiere el sabor halagüeño del fruto prohibido y es más grata y voluptuosa que en medio del esplendor y la elegancia de los salones. Quizá dijera esto y añadiera otras muchas consideraciones encaminadas a demostrarlo; pero yo no le seguiré por tal camino, que lleva a ofender sin motivo las conciencias timoratas y a confundir lastimosamente el papel del novelista con el del filósofo. Me limito de buen grado a declarar los hechos sin arrancar su filosofía y a describir fielmente lo que he visto y tocado o averiguado por confidencias fidedignas.
>
> Un hecho verdadero fue, pues, que Ricardo gozaba a su modo cediendo a los consejos de su novia en lo referente a la práctica de las virtudes cristianas y costumbres piadosas. La tarde en que hizo confesión general sintió mejor que nunca el consuelo singular y los vivos placeres que se gustan en el fondo de la humildad. Era una tarde serena y hermosa de primavera. Fray Ignacio, avisado previamente por María, le esperaba en la sacristía de San Felipe y le recibió con cierta

gravedad familiar no exenta de protección. Confesóse en la misma sacristía, sentándose fray Ignacio en un sillón de madera ennegrecida y barnizada por el uso, y postrándose él a sus pies con el rubor y la emoción que sentía en los primeros años, cuando su madre le llevaba por la mano hasta el mismo confesonario. La vergüenza de declarar sus pecados disipóse muy presto haciendo lugar a un suave enternecimiento de inefable dulzura que estuvo a punto de obligarle a romper en lágrimas. El espacioso salón en que se hallaba, alto de techo, de paredes empolvadas, poblado de armarios negros y de cuadros sombríos, resonaba melancólicamente con el murmullo de su confesión: el sol penetraba por los emplomados cristales de dos ventanas formando en el espacio rayas de polvo flotante y luminoso. El clérigo le había pasado uno de los brazos por encima del cuello y acercaba el oído a sus labios, explorando poco a poco con repetidas y adecuadas preguntas el fondo de su conciencia y los más íntimos secretos de su alma, unas veces amontestándole severo, otras veces aconsejándole dulce, otras entreteniéndole con ejemplares anécdotas que suspendían agradablemente por algunos momentos el piadoso acto. Detúvose largamente a hablarle de sus amores, de lo bien enderezados que iban y de las subidas cualidades de María. Ricardo sintió un vivo placer con tales palabras y miró con admiración y respeto a aquel personaje, que era dueño absoluto de los secretos de su amada, proponiéndose entregarle sin rebozo su alma para que la guiara, del mismo modo que ella lo había hecho. El sacerdote consiguió con una exhortación final llena de fuego y donde unió elocuentemente el nombre de María a todos los actos de virtud que esperaba de él en adelante, conmoverle hasta lo sumo y encender en su espíritu un arrepentimiento sincero y un deseo irresistible de vivir piadosamente dando gusto a su novia. Cuando terminaron, y fray Ignacio, revistiéndose de cierta solemnidad se echó para atrás y dejó caer sobre él una generosa y amplia absolución, las rayas de polvo flotante y luminoso habían desaparecido y la sacristía estaba envuelta a medias en la sombra. Al día siguiente, cuando fue a misa con María, en vez de quedarse debajo del coro siguió con ella hasta el altar mayor y recibió a su presencia y con no poco gusto de la niña la sagrada partícula.